

ESTEBAN TORRE: *Veinte sonetos de Quevedo con comentarios*. Sevilla: Ediciones Espuela de Plata, 2012.

El profesor Esteban Torre, catedrático emérito de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, ha publicado en el presente año un nuevo libro que viene a dilatar su muy extensa y acreditada producción científica y literaria. Lo hace con estos *Veinte sonetos de Quevedo con comentarios* en donde aúna dos cualidades de las que ha hecho gala en sus muchos años como docente en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla: sus extensos conocimientos en diversos campos filológicos y su capacidad para transmitir a los alumnos su amor por la más exquisita poesía. El profesor Torre ha manifestado en no pocas ocasiones que la poesía, la verdadera poesía, es un bien escaso y que, por ello, debe cuidarse y hacerse extensiva al mayor número posible de personas. Manifestarse en este sentido implica un criterio selectivo, una defensa del canon literario y una sólida base teórica que permita sostener la permanencia de unos valores estéticos. Por ello, la misma restricción expresa del título, haber escogido veinte, y sólo veinte sonetos de la extensísima y variada obra de don Francisco de Quevedo (1580-1645), da muestras de la exigencia del autor, quien efectúa de entrada un difícil ejercicio de crítica literaria, pues el genial poeta madrileño acumula uno de los repertorios más amplios y ricos de toda la literatura en lengua española.

Esta labor de selección no debe ser entendida en ningún caso como una pura cuestión de preferencias personales, sino que ofrece al lector, mediante una rigurosa tarea de juicio y valoración, un conjunto de poemas de admirable perfección estética; de modo que ese lector atento sepa disfrutarlos y aprecie sus exquisitas cualidades. No tuvo don Francisco de Quevedo en el siglo XVII, como don Luis de Góngora, comentaristas de la talla de don García de Salcedo Coronel o don José Pellicer de Salas

y Tovar, ni gozó tampoco en el siglo xx de una atención comparable a la prestada al poeta cordobés por don Dámaso Alonso. De ahí la importancia de este nuevo libro del profesor Esteban Torre, que viene a desbrozar el camino a veces enmarañado de la crítica en torno a la poesía de Quevedo.

Si el placer es una de las principales finalidades del arte –si no la única–, ese disfrute requiere ser preparado y conducido por quien conoce los elementos que componen cada disciplina artística, para que el receptor sepa captar al máximo las cualidades de la obra que se le presenta a la contemplación. En el caso de la literatura, este necesario ejercicio cobra mayor importancia si cabe por la complejidad de códigos que entran en acción y, particularmente, en el campo de la poesía, donde el lector debe ser iniciado en los valores del metro, la rima y el ritmo para que pueda apreciar el valor que encierran las obras más logradas. Así, el libro que nos ocupa cumple también esa misión de tanta importancia y permite al lector acercarse a los sonetos escogidos descubriendo los valores intrínsecos de la poesía. Mediante la paráfrasis del texto, realizada en una prosa brillante y de cuidada calidad literaria, el lector encontrará también con claridad los conceptos expuestos en cada soneto; y, por último, en los comentarios que le siguen, descubrirá el pormenor de los aciertos rítmicos de los que se ha valido el poeta, el valor semántico de los términos empleados y las claves retóricas que se encierran en él.

Por otra parte, la elección de don Francisco de Quevedo es especialmente significativa por varias razones. En primer lugar, porque a pesar de ser una cima de la literatura española, pesa sobre él una losa de poeta difícil, oscuro y, a veces, hasta ininteligible, que el profesor Torre trata de combatir con sus equilibradas apreciaciones a lo largo de este libro, poniendo luz en cuestiones que no habían sido suficientemente aclaradas por otros estudiosos de la obra quevedesca y que, en ocasiones, habían añadido más sombras al claroscuro barroco de su poesía. Más justo y acertado sería decir, como el mismo autor nos indica en su prólogo, que la poesía de calidad encierra siempre una necesaria dificultad en su lectura e interpretación y que «la adecuada comprensión de la auténtica poesía requiere siempre esfuerzo, y

tiempo, y meditación» (p. 10). En segundo lugar, esta elección apunta al hecho de que el poeta madrileño es, a no dudarlo, uno de los miembros más acreditados de esa gloriosa estirpe de sonetistas de la literatura española de cualquier tiempo y cualquier país —de Garcilaso a Borges, de Góngora a Blas de Otero, sin olvidar a Darío o Juan Ramón Jiménez— y el soneto es, en gran medida, la piedra de toque de nuestra poesía culta; pues esta estrofa exige de una elaborada composición que atienda tanto a la disposición de los contenidos como a su expresión formal y supone para el poeta un reto de absoluta precisión por los estrechos límites que imponen sus catorce versos y el entramado métrico que conlleva.

No es objeto de este libro, como el propio Esteban Torre señala desde un principio, entrar en los múltiples problemas que desde el punto de vista de la edición de los textos plantea la obra de Quevedo —aunque en el prólogo demuestra conocerlos sobradamente—, ni el de efectuar un ejercicio de crítica erudita o el de polemizar con otros estudiosos de la obra lírica del genial poeta castellano; sino «contribuir a la exégesis de estos veinte sonetos, facilitando en lo posible la lectura y el disfrute de tan exquisita poesía» (p. 12), propósito que se logra plenamente a lo largo de sus 162 páginas. De este modo, la obra se dirige a todo aquél que esté interesado por la lectura de tan excelente poesía y no sólo se sitúa a la altura del especialista, quien tampoco quedará defraudado de su lectura por las muchas y clarificadoras indicaciones del profesor Torre sobre las líneas básicas que sostienen la estructura de cada una de estas veinte construcciones prodigiosas, ya sean sobre sus pilares temáticos, o las referencias semánticas que informan con exactitud sobre los términos que se emplean, o los cumplidos detalles sobre el análisis rítmico de los endecasílabos, donde se subrayan las variedades que el poeta emplea y los matices que sugieren en el ánimo del lector, o la atención que presta a la rima al mencionar sus aciertos expresivos más allá de la pura repetición fónica.

La finalidad de estos *Veinte sonetos de Quevedo con comentarios* queda patente en el prólogo cuando su autor afirma que hay que acercarse a estos sonetos «como a verdaderas obras de arte, que están ahí, delante de nosotros, vivas, actuales,

vigorosas, dotadas del mismo fulgor y de la misma fuerza que tenían cuando fueron creadas». En efecto, «si no logramos captar su íntima belleza, conversar con ella, retenerla y hacerla propia, de nada valdría el ejercicio de la lectura» (p. 13). Ahí está el reto que se propone y nos propone: la transformación del lector tras el reconocimiento de la verdadera obra de arte. La gran literatura no es mera arqueología o puro testimonio del pasado por rico que éste sea y digno de estudiarse. Reconocer la Poesía como arte implica ese diálogo al que apela el autor de esta obra, y su trabajo ayuda no poco a ello, poniendo delante de los ojos del lector los elementos que hacen de cada poema escogido una pieza única del gran acervo cultural de nuestra tradición literaria. Esteban Torre dirige a cada cuestión relevante que toma cuerpo en los sonetos el foco de su conocimiento como teórico de la literatura y el de su propia experiencia como poeta.

Para conseguir el mencionado fin, el autor se sirve de un esquema que se repite a lo largo del libro con cada uno de los sonetos seleccionados. Consiste en reproducir, en primer lugar, el soneto elegido según el texto de la edición clásica de José Manuel Blecua. Por supuesto, los encontramos de los más variados temas (morales, religiosos, patrióticos, amorosos...) como corresponde a la fecunda imaginación de un poeta que brilló a tan gran altura sean cuales fueren los asuntos tratados. A continuación, y en letra cursiva, aparece la glosa o paráfrasis del soneto en cuestión. Aquí, y en una prosa que se corresponde en su calidad con el modelo al que toma como referencia, el doctor Torre descubre a los ojos del lector los entresijos temáticos del poema con precisión y elegancia. Como testimonio de cuanto decimos, y a modo de acicate para los futuros lectores de la obra, reproduciremos algunas líneas que sirvan de ejemplo sobre la precisión y belleza con la que glosa el autor el primer cuarteto del soneto «Amor constante más allá de la muerte», que ha dado lugar a tantas interpretaciones y no siempre afortunadas:

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera...

Bien sé que he de morir. Claramente me lo hace ver la misma vida. El sueño, viva imagen de la muerte, es mi fiel e inseparable compañero. Porque sucede que, día tras día, las sombras de la noche hacen caer mis párpados, hundiéndome en el vaporoso nimbo de los sueños. Pero llegará una sombra, la postrera sombra, la negra y definitiva sombra de la muerte, que cerrará mis ojos para siempre, robándome la dulce luz del blanco día. La muerte, la mezquina, la traidora muerte, se encuentra agazapada en las tinieblas con unas ansias irreprimibles de acudir a la cita macabra. Y llegará un instante, una hora perversa, que, para congraciarse con el afán ansioso de esa sombra de muerte, desatará violentamente los lazos de mi alma, cortará sin piedad los hilos de mi vida (p. 119).

También el terceto inicial del «Salmo I», que abre el conjunto de esta selecta antología, muestra bien a las claras el hacer del autor de esta obra al unir en su tarea el rigor filológico y la calidad expresiva de su prosa:

Tu hacienda soy; tu imagen, Padre, he sido,
y, si no es tu interés en mí, no creo
que otra cosa defiende mi partido.

Oh Dios mío, ten misericordia de mí. Al fin y al cabo, tus intereses no son distintos de los míos. Me hiciste a tu imagen y semejanza: soy obra de tus manos, trigo de tus graneros. El interés que Tú, mi Hacedor, tienes por mí, tu criatura, es la mejor defensa y garantía de mi propio interés. Nada ni nadie defenderá mejor mi propia conveniencia (p. 24).

A cada una de las glosas siguen, finalmente, unas breves y exactas notas explicativas que, lejos de tener una intención exhaustiva, sólo pretenden reflejar una reflexión lúcida que incida en aquellos elementos fundamentales de los que se ha valido el poeta para la creación de su obra, pues, en palabras del autor, «no es la anécdota, sino la poesía, lo que este libro invita a contemplar» (p. 13). Así, tanto la paráfrasis como el comentario que sigue a cada soneto son una incitación al disfrute que provoca el conocimiento y una invitación al lector para que, en adelante, ponga en juego esos mismos mecanismos y pueda enfrentarse –bien pertrechado ya por el modelo que este libro le ofrece– a su análisis personal de otros poemas de don Francisco de Quevedo.

En consecuencia, y frente a una exhaustividad pretenciosa que ahogarí­a el propósito del libro, estos comentarios sólo reclaman nuestra atención sobre las líneas vertebradoras que diseñan el soneto que se analiza y no pase desapercibido en modo alguno lo que verdaderamente importa reseñar dentro del cúmulo de elementos intervinientes en el poema; de modo que si todos esos elementos son necesarios para conseguir la perfección de la estrofa, no todos contribuyen en igual grado al resultado final que nos presenta el poeta. En este sentido, se señalan aquellas particularidades fónicas que acentúan el efecto que pretende el soneto, por ejemplo: la aliteración de nasales que tiñe de oscuridad y misterio el comienzo del «Salmo I» (p. 29) o el simbolismo onomatopéyico que sugiere, mediante la repetición de la labial fricativa, el lanzamiento del cohete con el que se compara la hipocresía de las beatas (p. 73). Igual sucede con los aspectos semánticos de algunos términos cuya significación necesita ser precisada en el contexto del poema o de la época barroca. Así ocurre en el comentario del soneto que comienza «“¡Ah de la vida!”... ¿Nadie me responde?», donde se aclara tanto la exclamación inicial como el papel que la Fortuna o las Horas juegan en su caso (p. 90-91). Tampoco se olvidan las cuestiones sintácticas que explican no pocos problemas o confusiones que se han producido al abordar los poemas de Quevedo y que aquí reciben el tratamiento oportuno en las ocasiones necesarias. Véase la referencia a la concordancia ática en la «Advertencia a España» (p. 60), o la pulcritud con la que se resuelve el complejo entramado que traza Quevedo para su admirable «Amor constante más allá de la muerte», donde el análisis sintáctico bien efectuado es un elemento básico para deshacer la madeja poética sin propiciar otros nudos innecesarios (pp. 121-124).

Especial tratamiento reciben a lo largo de todo el libro los problemas de orden métrico. Esteban Torre, reconocido metrista y con numerosos trabajos en su haber dentro de este campo de la teoría literaria, analiza minuciosamente las cuestiones referidas al ritmo y la rima. No pasa desapercibida a sus comentarios la distribución de los versos sáficos en el «Salmo XVII» (p. 37), ni deja de llamar la atención sobre el empleo repetido del mismo modelo rítmico en la «Advertencia a España». Del mismo modo,

se realza el uso del pentámetro yámbico para marcar con su insistencia momentos puntuales del discurrir poético del soneto (p. 67), o para señalar con su ritmo binario el verso central de toda una composición, haciendo recaer sobre el fenómeno rítmico una de las claves del significado. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el verso «medulas que han gloriosamente ardidido», en el que no sería aventurado decir que «radica la piedra angular del edificio poético», ya que se trata de un pentámetro yámbico *–me.dú./las.quehán/glo.rió/sa.mén/tear.dí/do–* en el que los acentos inciden sobre todas las sílabas pares, aunque «no en todas con la misma intensidad, sino a través de una sugestiva gradación», por lo que la escansión del verso «viene a ser así un fiel trasunto del crepitar del fuego del amor, insistente, iterativo, hasta alcanzar la cúspide del glorioso ardimiento» (pp. 126-127).

El análisis de la rima recibe también su adecuado tratamiento a largo de las enjundiosas páginas del libro. Sobre este particular, es especialmente interesante el comentario del «Salmo XVIII», donde se aclara con precisión cómo no puede hablarse con propiedad de confluencia de rima consonante y asonante dentro de dicho soneto (p. 44), pues la distancia que media entre el verso séptimo y el undécimo hace inapreciable la posible recurrencia fónica. Igualmente oportuna es la explicación sobre la riqueza de la rima en la «Advertencia para los que reciben el Santísimo Sacramento» (p. 115) o la indicación sobre cómo este fenómeno métrico refuerza el paralelismo que el poeta establece dentro del terceto que cierra otro de los sonetos comentados (p. 103), con lo que la idea básica que el poeta quiere transmitirnos aquí se potencia vivamente al poner en juego para ello los tres planos de la lengua: fónico, semántico y sintáctico.

Para un mejor aprovechamiento de la lectura de este libro, el mismo autor ofrece una oportuna propedéutica a los lectores de la obra en las páginas iniciales de la misma y les plantea una metodología que, partiendo del texto poético, les conduzca a un diálogo fructífero con él. Por ello, tras advertir de que la poesía no puede captarse en su amplitud con una lectura rápida o superficial, invita a hacerlo reiteradamente y propone como pauta, primero, el cotejo de las propias impresiones iniciales con la paráfrasis que se expone de cada soneto; segundo, volver de nuevo

al texto poético hasta conseguir apreciar en él tanto su estructura general como los detalles no observados en su primera lectura. Por último, se deben tomar en consideración las notas explicativas que se exponen y, a partir de éstas, dar paso a una tercera lectura mucho más clarificadora del conjunto.

El libro, primorosamente editado por la prestigiosa editorial sevillana Renacimiento (Ediciones Espuela de Plata), constituye, en definitiva, una obra de indudable mérito que aúna valores estéticos y científicos, imprescindible tanto para el buen lector de poesía que quiera acercarse a unos de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos, como para el filólogo profesional, que encuentra aquí un modelo de ejercicio teórico y crítico aplicado a un conjunto cerrado de sonetos que deben figurar entre lo más granado de la lírica universal.

MANUEL ROMERO LUQUE
Universidad de Sevilla